

LECTURA DE PEREGRINAJE, DE ARGENTINA DÍAZ LOZANO, EN CLAVE DE NOVELA EDUCATIVA

Seidy Araya Solano

INTRODUCCIÓN

Peregrinaje (1944) o *Enriqueta and I* (1944) no es la primera obra literaria de Argentina Díaz Lozano, pero sí es la novela que le otorgó renombre internacional porque obtuvo el Primer Premio en el concurso latinoamericano promovido por la editorial Farrar and Rinehart, de Nueva York y la Unión Panamericana de Washington. El premio fue una decisión unánime de un prestigioso jurado integrado por John Dos Passos, Blair Niles y Ernesto Montenegro¹.

Al respecto, opina Humberto Salvador (1944:278):

La consagración de Argentina Díaz Lozano es una prueba de que la crítica literaria de los Estados Unidos siente que, también en América Latina, existen los hondos conflictos engendrados por la cultura, las tragedias que se

1. En general, las obras de Argentina Díaz Lozano se han publicado fuera de Honduras, su país natal e incluso fuera de Guatemala, su patria adoptiva. La autora ha sido bastante trotamundos; además, interesada en apelar a un destinatario cosmopolita, si atendemos a las ediciones en francés e inglés de muchas de sus novelas, así como a las ciudades europeas y americanas desde donde las ha lanzado. Obsérvese su producción:

- *Perlas de mi rosario* (1928). Son cuentos editados en Honduras a los 17 años de edad. Algunos han sido traducidos al portugués y publicados en Brasil.
- *Luz en la senda* (1935). Novela publicada en Honduras.
- *Topacios*. Cuentos editados en Honduras y Guatemala.
- *Peregrinaje (Enriqueta and I)* (1944). Calificada de autobiográfica. Fue editada en español e inglés simultáneamente en Londres, Inglaterra y New York; se publicó también en Chile y en otros países de Latinoamérica.

derivan del amor, y los dramas que surgen cuando el humano se lanza a la conquista de la verdad y a la creación de la belleza.

Sus dos diferentes ediciones en español (Chile, Zig-Z y en inglés en el mismo año deslumbraron a los lectores hispanoamericanos y europeos por varias razones, según señala la crítica. Entre ellas, porque la novela cuenta en forma sencilla y lineal la travesía geográfica y vital de dos personajes, una llamada Elena y su madre Enriqueta.

- *Mayapán* (1850). Ha sido varias veces editada en español e inglés. Es una novela histórica sobre el descubrimiento de la Península de Yucatán por parte de los españoles.
- *49 días en la vida de una mujer* (1956). Novela autobiográfica con escenas históricas guatemaltecas. Publicada en México.
- *Y tenemos que vivir* (1959). Publicada en español y con varias ediciones en Latinoamérica, traducida al inglés en 1978. Editada en francés: *Il Faut vivre* en Bruselas (1959).
- *Sandalias sobre Europa* (1964). Editada en Guatemala. Son crónicas.
- *Mansión en la bruma* (1965). Publicada en francés en Bruselas (*La maison dans la brume*) (1964).
- *Caoba y orquídeas* (1986). Fue publicada por capítulos quince años antes en la revista *Istmeña*, con el título de *Su Hora* y bajo el seudónimo de Suki.
- *Fuego en la ciudad* (1966). Novela en escenario histórico inspirada en la presencia de William Walker en Centroamérica. Editada en México y Guatemala.
- *Aquel año rojo* (1973). Editada en México, es una novela de tema bananero.
- *Aquí viene un hombre* (1868). Biografía del periodista guatemalteco Cleto Marroquín Rojas, con varias ediciones mejicanas.
- *Eran las doce... y de noche* (1975). Editada en México. Novela sobre el régimen de la dictadura.
- *Ciudad errante* (1984). Novela ambientada en la época colonial centroamericana. Publicada en México.
- *Historia de Centroamérica*. Para adolescentes.
- *Walt Withman*. Ensayo biográfico literario, editado en Guatemala.

Otras obras mencionadas por la crítica como inéditas en 1987:

- *Allá en Sololá*
- *Río turbulento*
- *El dolor de ser hombre*

Las novelas premiadas han sido:

- *Peregrinaje*, en inglés *Enriqueta and I*. Primer premio en el Concurso Latinoamericano de novela patrocinado por la Editorial Farrar / Reinhold de New York (1944), por unanimidad. El jurado estuvo integrado por Carlos Dos Passos, Blair Niles y Ernesto Montenegro.
- *Mansión en la bruma*. Quetzal de Oro de la Asociación de Periodistas de Guatemala (1964).

También ha obtenido galardones por su obra literaria general: entre otros:

- Premio Nacional de Literatura "Ramón Sosa" (Honduras).
- Hoja de Laurel de Oro de Cultura. Ministerio de Educación y Biblioteca Nacional de Honduras.
- Artística Placa al Mérito otorgada en Cannes, Francia. Congreso de Escritores y Periodistas del Mundo (1980).

Precisamente los artículos se han detenido a expresar interesantes comentarios sobre la dimensión protagónica de cada una. Algunos asumen a Elenita no sólo como narradora, sino también como protagonista. Otros, opinan que ambas son las protagonistas (Amílcar Echeverría: 1982). Véase un ejemplo:

Aunque hable en primera persona la Elenita de Peregrinaje no atrae tanto al lector como su madre. Hay, sí, con motivo de ella, la ocasión bien aprovechada para finos retratos psicológicos, para modelar un alma virgen y curiosa al tiempo. Pero, pese al ambiente tan logrado a veces como en el colegio de Tegucigalpa o en la mansión de tío Fabián, el personaje de Elenita tiene algo de genérico. No es tan recio ni tan apegado al terruño como el de su madre (Francisco Elías de Tejada en Anexo a *Peregrinaje*: 278).

Las peripecias conducen a la hija y a la madre por diversas regiones rurales y urbanas de Honduras. Esa variedad de escenarios y de personajes en diálogos se convierte en una especie de viaje del lector por ese país en las primeras décadas del siglo XX. Cierta costumbrismo e interés por lo vernáculo resultan exóticos para el extranjero, e inclusive, para ciudadanos hondureños.

La crítica, sobre todo la escrita por varones, parece seducida por lo que califican de perspectiva ingenua, serena y graciosa, propia de un relato femenino de autocontemplación. Asimismo, destaca el mensaje positivo de esperanza respecto a la solución de los problemas individuales y de la región centroamericana. Se valora el interés de las narraciones por la justicia social y el respeto a la dignidad humana en un siglo pletórico de violencia y despotismo.

Desde el punto de vista formal, la crítica ha ubicado la obra en el romanticismo tardío con destellos criollistas y elementos históricos. Se ha señalado una referencialidad biográfica. Los comentarios en torno al peso de lo social y lo psicológico en la construcción novelesca están divididos. Algunos consideran que existe un equilibrio. Otros piensan que apenas se rozan los problemas de la miseria y la explotación, especialmente del grupo indígena; que los problemas psicológicos de madre e hija no se tratan con suficiente profundidad y el final es poco sorpresivo.

En las observaciones generales sobre la escritura de la autora se habla de cierto anacronismo formal y "...por su prematura aspiración al Nobel se le ve con literaria desconfianza..." (Paredes y Salinas, 1988: 217). Sin embargo, se le reconoce la dedicación casi profesional al oficio literario, raro en el medio centroamericano.

En Honduras, las obras de Argentina Díaz Lozano han sido lectura obligatoria para varias generaciones de escolares. En Guatemala, donde ha escrito la mayoría de sus obras, varias con temas de esa nación, la recepción ha sido entusiasta en algunos sectores y en otros no tanto. Aparece mencionada en las historias literarias de ambos países, así como en los compendios de literatura hispanoamericana.

Sin embargo, la mayor parte de la crítica se encuentra en periódicos —centroamericanos y europeos— y solo existe un estudio global de su trabajo desde una perspectiva biográfica y de ubicación en movimientos literarios (Amílcar Echeverría, 1982), el cual tiene la virtud de que intercala retazos significativos de plumas ajenas, el cual no incluye referencias a *Caoba* y *Orquídeas* (1971).

De acuerdo con la lectura de la crítica y de los estudios realizados sobre *Peregrinaje* podrían desprenderse algunas pistas para el presente ensayo: en primer término, conviene analizar la perspectiva de la instancia narrativa —la hija, Elena— y de la novela, en su globalidad, en relación con los valores tradicionalmente asignados a las mujeres. En segundo lugar, interesa observar los paralelismos, los encuentros y desencuentros de los proyectos vitales de madre e hija. Finalmente, es necesario sopesar la importancia de las circunstancias geográficas y sociopolíticas en las peripecias y los caracteres, en relación con las opciones estéticas.

El ensayo pretende leer *Peregrinaje* como una novela de formación del carácter de una niña, a la luz de las pautas de Bajtín y de la teoría literaria feminista, en especial de María Inés Lagos, Lucía Guerra, Jane Tompkins, Annette Kolodny, Lillian S. Robinson, Elaine Showalter y Biruté Ciplijauskaitė.

En esa línea de abordaje, destacan en *Peregrinaje* varios problemas de investigación: ¿qué tipo de imagen femenina en proceso de desarrollo se despliega?; ¿en qué sentido las diversas

etapas temporales, geográficas y sociales de la trayectoria de Elena le sirven de experiencia y escuela?; ¿de qué manera se conectan el futuro, el pasado y el presente de la protagonista?; ¿cómo se enriquecen mutuamente los signos espacio-temporales?; ¿hay alguna tesis educativa?

Algunas hipótesis orientan el estudio. A saber, la niña Elenita parte de una situación inicial de vínculo narcisista y simbiótico con su madre, Enriqueta, donde no existe ninguna figura paterna en funciones protectoras o autoritarias. Este núcleo familiar distinto de la imagen convencional de un trío familiar, coloca a la hija y su madre en situaciones inéditas para las mujeres de sectores medios en las primeras décadas del siglo XX hondureño. Los valores que presiden la formación de Elenita son la educación intelectual y espiritual (católica), así como el cultivo de la sensibilidad artística y la expresión literaria. Bajo ese método pedagógico, Elena arriba al final de su adolescencia como una persona síquicamente diferenciada de su madre, que pospone sus urgencias eróticas para continuar su desarrollo lejos de su familia y de su país natal.

Desde el punto de vista expresivo, *Peregrinaje* retoma de manera original, el legado romántico en la evocación sentimental del terruño, así como la vena costumbrista del realismo por medio de un lenguaje depurado y desde una perspectiva afín a ciertas dimensiones del modernismo, tales como el hedonismo y un espiritualismo panteísta.

El binomio civilización-barbarie organiza la pluralidad de escenarios y acciones. *Enriqueta* desarrolla una cruzada civilizatoria en pro de la redención de los pueblos perdidos de la Costa Norte y de los grupos plebeyos de Tegucigalpa. La civilización se concibe entre los intelectuales capitalinos y se vincula con el progreso material de San Pedro Sula, al calor del enclave bananero. En ese sentido, Elena es la receptora de una doctrina de superación académica y moral, como la que requieren las nuevas generaciones centroamericanas, en especial los indígenas y las mujeres.

LA CONSTRUCCIÓN DE LA FEMINIDAD EN PEREGRINAJE

El título de esta novela en español –*Peregrinaje*– alude, en primer término, a la vida itinerante de Elenita y su madre.

La situación inicial las presenta en el momento de su desprendimiento del abrigo patriarcal, encerrado en el abuelo Francisco. Desde las primeras páginas, la narración se interesa por precisar los datos espacio-temporales: 1911 en un pueblecito hondureño del interior.

La narradora protagonista, Elenita, ha cumplido cinco años. A la muerte de su abuelo, madre e hija deben abandonar la casa solariega y reorganizar su vida en torno al trabajo asalariado de Enriqueta como maestra de escuela primaria. Desde estas primeras escenas, se abre una interrogante encaminada a mantener la tensión y el interés del lector porque se percibe la ausencia del padre de Elenita, pero no se sabe la causa. ¿Será Elena una hija ilegítima, será huérfana? Los indicios son ambiguos. Las últimas palabras del abuelo Francisco a Enriqueta, por ejemplo, sugieren una relación extramatrimonial: “-Todos caemos, hija, pero tenemos obligación de levantarnos. Alza la cabeza y procura rehacer tu vida... Haz de ella un orgullo” (5).

En ese sentido, la vida humana y, en particular, la de Enriqueta y Elena, rememoran el camino de la Pasión de Jesucristo sufriente, agotado en sus caídas, pero apegado a su deber y misión.

El título de la novela en inglés *-Enriqueta and I-* alude a la perspectiva escogida por la hablante básica, Elenita, para rememorar su vida. No la contará aislada de la trayectoria de su madre, porque así no fue. Por el contrario, la circunstancia de la ausencia de una figura paterna y los desplazamientos que ponían distancia respecto a la familia materna, hacen que hasta su adolescencia, Elenita no se perciba como un ser individualizado; a su vez, de manera narcisista, Enriqueta permanece simbióticamente unida a la hija.

De una situación inicial marcada por la ausencia de figuras masculinas en la existencia de ambas, parte un hilo que relata el sentido de la experiencia de una vida sin padre y sin esposo para la clase media hondureña de origen provinciano, a principios del siglo XX. La situación final ubica a Enriqueta y a Elena como personajes que han establecido límites individualizadores entre ambas. Sin dejar de amarse, se encaminan hacia un encuentro con varones atractivos, relación inmediata para Enriqueta, y pospuesta transitoriamente, en el caso de Elena.

En su trayectoria conjunta pueden delimitarse varias etapas de acuerdo con los desplazamientos geográficos: salida del pueblo de origen hacia un lugar cercano, La Labor; estadías en San Pedro Sula y vivencias en la zona bananera de Sholoma y San Manuel, en la Costa Noratlántica; época de Tegucigalpa. La permanencia en cada sitio implica, a su vez, un trecho significativo en el desarrollo psicofísico de los personajes, así como la participación en acontecimientos históricos y situaciones sociales específicas.

Primera Etapa: La Honduras del Interior

La narradora no especifica el nombre de su pueblo natal –al modo cervantino, señala la crítica–, pero está a un día de marcha a caballo de su primer destino: La Labor. Aproximaciones biográficas señalan el lugar de nacimiento de la autora, Santa Rosa de Copán, como el lugar del que no quiere acordarse. Son, en verdad, sitios próximos.

Desde las expresiones inaugurales, llama la atención del lector el uso de diminutivos amorosos para referirse a las poblaciones rurales. Semejantes marcas de adhesión a la tierra y a las tradiciones hondureñas se mantienen a lo largo del relato. Tanto la antigüedad indígena como el legado hispánico en las ciudades provincianas anclan la novela en las raíces de la identidad nacional, lo que aunado al sentimiento sobre el paisaje evidencia una conciencia abierta a las particularidades locales.

También, desde las primeras páginas se establece otra tónica: la admiración de la hablante hacia su madre y el tratamiento inusual de llamarla por su nombre directamente, Enriqueta. Esta manera de nombrarla señala por una parte, cierto ocultamiento y disimulo de la relación familiar con el objetivo de protegerla de su pública curiosidad a causa de la ausencia de padre. También porque a menudo, su madre es también su maestra.

–La niña... ¿es sobrinita suya?

El semblante de Enriqueta perdió su expresión cordial y, poniéndose un poco seria, repuso:

–Es mi hija (16)

...y la misma impertinente curiosidad hacia mi bonita madre y yo (16).

La atención a las diferencias de clase atrae la mirada narradora. Enriqueta procede de una familia de próceres agricultores de mediano pasar, "...su padre solamente le había dejado la casona blanca y su profesión de maestra de instrucción primaria" (8). La elegancia y garbo de la madre inspiran seguridad y orgullo a la niña durante su peregrinaje. Como una nueva versión de la Sagrada Familia —sin un patriarca legitimador— cabalgan guardadas por un mozo indígena llamado José.

Uno de los cuadros que absorben tiempo histórico y legendario en su llano paisaje es la visión del Valle de Sensenti, un sitio arqueológico, ubicado en una arcadia nativa de fuentes rumorosas y casi virginales. La presencia del manso José enlaza el pretérito con el presente narrativo. La narradora destaca en letra cursiva su léxico campesino.

Aquí se ven ya algunos montones de piedras y ruinas. Más allá se encuentran *tucos* de muro y muchas *columnas*. Una peste mató a *toíta* la gente y la *ciudad* se fue acabando... acabando... y hasta que el llano se la tragó al fin. Los poquitos habitantes que quedaron se mudaron más lejos y fundaron el que *ahora* es pueblecito de Sensenti, que la Virgen de Candelaria guarde (10).

Otro motivo costumbrista recreado por la novela es la procesión —otro peregrinaje— de la Virgen de Candelaria desde Sensenti hasta La Labor, ocasión de esparcimiento ingenuo y sano para los pobladores. Según Enriqueta, muy pintoresco espectáculo, que incluye la feria de Sensenti.

...lucían sus colores chillones y alegres las "achinerías" de los comerciantes salvadoreños y guatemaltecos, quienes extendían a los compradores los perrajes o rebozos rojos y amarillos, los chales de seda verde, violeta, rosada o anaranjada, y los, ¡oh, ansia y delicia nuestras!, caramelos de Ocotepeque, de legítima miel de abeja (43).

Aparecen otras costumbres como el rezo del Rosario al anochecer, las rondas infantiles, las leyendas como la de la Si-guanaba, las veladas escolares conmemorativas de la Independencia. En general, la obra valora las costumbres sencillas y austeras de los pueblerinos. Sin embargo, aunque Enriqueta y Elenita participan de algunas de estas actividades, las distancias sociales son patentes. Así, Elenita no tiene permiso para

jugar en la plaza con chiquillas y muchachuelos desarrapados; la niña ríe de las "tiasas trenzas" (17) de sus compañeras de clase. Ella y su madre alternan sólo con las familias acomodadas. Viven y comen en casa del alcalde, intercambian visitas con los Fernández, dueños de la única tienda de telas de La Labor. Desde su posición privilegiada, Enriqueta se muestra magnánima con los pobres, en nombre de los valores católicos.

Las connotaciones míticas que arrancan en las leyendas sobre Sensenti permanecen en el hábitat. Una nueva plaga de chapulines arrasa los campos de maíz en La Labor. Orientada hacia un lector europeo, la instancia narrativa explica la importancia vital del maíz en la dieta centroamericana: "...el maíz, que, después de cocido y molido, lo convierten las mujeres en tortillas (pequeños discos delgados) que doran en "comal" de barro, y que constituyen el pan de cada día de ricos y pobres" (19).

Ante la amenaza de la hambruna, Enriqueta, una intelectual que no prepara tortillas, una mujer que raras veces cocina, colabora con una idea. Propone la realización de una colecta para comprar maíz en El Salvador en forma colectiva, venderlo luego a bajos precios a las personas adineradas y donarlo a los humildes. Es una iniciativa de autogestión, convencida del olvido gubernamental hacia los pueblos de interior.

En esta etapa, el rasgo sobresaliente de la relación de Elenita con su madre son los celos egoístas. Ella es su único y poderoso objeto de amor. Celos del tiempo que Enriqueta dedica a sus alumnos, celos de no tener una mamá a tiempo completo, celos del suave cortejo de Jorge Roldán. Este personaje, así como su hermana, la "señorita" (31) Dalila representan el polo de lo urbano e ilustrado, la existencia civilizada de la capital "donde se vivía de verdad" (44), donde Jorge estudió su bachillerato y Dalila aprendió a tocar el piano.

Una forma de expresión del afecto posesivo de Elenita hacia Enriqueta es llamarla "mamá" en ocasiones específicas cuando quiere subrayar ante Jorge Roldán que no aprueba sus atenciones. Por eso, el título en inglés *Enriqueta and I* sugiere la dicción de una hablante con alguna madurez, anímicamente diferenciada de su madre y en actitud de cordial complicidad femenina e igualitaria. En cambio, cuando niña, el uso de "ma-maíta" le permite manipular a Enriqueta.

Curiosamente, Elenita rechaza a los pretendientes de su madre porque no quiere compartirla, pero envidia a sus amiguitas que vienen de un hogar tradicionalmente constituido. Ese es el caso con la familia de su mejor amiga Rutilia Fernández.

Quería muchísimo a Rutilia, pero no podía evitar el sentirme inferior a ella, y eso me molestaba, me causaba una desazón que no podía definir. Rutilia tenía un papá cariñoso... dos hermanitos... y una mamá que hacía crochet, dirigía cuatro sirvientes, ayudaba al dependiente flaco a vender en el almacén...". Y mi madre no era una señora que usaba batas cómodas en telas floreadas y se quedaba en casa sino una "maestra" (33).

En este momento de sus seis años, Elenita no puede evaluar las capacidades que su madre ha desarrollado al mantenerse independiente. Siente rencor hacia ella por su camino errante de mujer trabajadora, una maestra que debe aceptar las vacantes donde las haya y cuyo salario sólo alcanza para solventar las necesidades primarias. Por el contrario, otras madres son reinas en hogares acomodados, respetadas por su dedicación exclusiva al trabajo no remunerado de cuidar de su esposo y sus hijos.

Enriqueta por su parte, parece una mujer sufrida por su situación y trata de salvar a su hija de las consecuencias negativas de sus condiciones de vida, pero siempre se la ve orgullosa de su profesión de maestra. Esa tarea le permite ocupar una posición también respetable en la vida pública de las comunidades e incidir en el desarrollo intelectual y moral de los habitantes. Su función materna es en cierto sentido, una derivación de sus aptitudes docentes.

Los pueblos del interior son espacios hospitalarios y de tierra fecunda, pero son también sitios de pobreza y enfermedad, especialmente duros entre los niños y las mujeres. Arrancan de la narradora parrafadas ensayísticas y líricas.

¡Pobre Chentía, pobre muchachita pálida, mansa y dócil! ¿Qué habrá sido de ti? ¿Te irías a un mundo mejor, consumida por el paludismo? ¿O serás madre de media docena de chiquillos hambrientos, mal considerada y nada apreciada por el hombre que un día te hiciera soñar?

¿Correrías igual suerte a la de todas las mujeres humildes de mi patria? Mejor sería, entonces, que aquel paludismo hubiera acabado contigo (57).

Este incipiente feminismo y esta defensa de la infancia, nacidos de la piedad y la solidaridad católicas, tienen mucho en común con la sensibilidad socialista y justiciera de la costarricense Carmen Lyra.

Estos años infantiles son, a pesar de todo, de feliz recuerdo para Elena. Las costumbres tradicionales y austeras se convierten en el paradigma de la Honduras rural, sana y hospitalaria. Servirán de contrapunto para sus experiencias en las áreas dominadas por el enclave bananero y frente a la cultura moderna capitalina.

Segunda Etapa: La Honduras de la Costa Norte. De San Pedro Sula a la zona bananera

En 1918, Elena y su madre dejan los pueblecitos primaverales del interior y avanzan hacia el calor del trópico en su ruta a San Pedro Sula y la civilización. Las esperan el tío Ricardo, hermano de Enriqueta y su esposa Rina. Los automóviles, el tren, las casas de madera pintadas en alegres colores con jardines de rosas y laureles establecen un cambio fundamental en las experiencias de las protagonistas.

El tío Ricardo era empleado del gobierno de Francisco Bertrand; en su periódico mantenía la línea oficial. La lujosa casa, las costumbres refinadas dependían de su empleo. Su esposa frívola y egocéntrica hace comprender a Elenita sus aires provincianos. La niña, estudiante de tercer grado en la misma escuela donde su madre enseña, recibe instrucciones de su tío de no llamarla "mamá".

Y una vez más me sentí como intrusa. No tenía derecho ni a decir "mamá" a Enriqueta. Aquellos muebles elegantes que me rodeaban no eran míos, el tío Ricardo no era mi padre, yo no tenía hermanos como las demás muchachitas, y por todo lo que me daban tenía que decir "muchas gracias" (75).

Los personajes de la familia de Elenita y ella misma quedan atrapados en la llamada Revolución liberal de 1919. Por

medio de escenas, donde se observan la composición y motivaciones de ambos bandos, el lector aprende vívidamente sobre un cruento episodio de la historia política hondureña, a pesar de que de manera explícita, la novela indica que ese no es su objetivo.

La lucha civil de 1919 se produjo a raíz del intento del presidente Francisco Bertrand (1913-1919) de imponer como sucesor a su cuñado Nazario Soriano. El tío Ricardo no aprueba el continuismo, pero rechaza el caos rebelde. Los otros candidatos eran el expresidente Alberto Membreño por el Partido Nacional Democrático, de enseñas azules; y el General Rafael López Gutiérrez, ex gobernador político de Tegucigalpa, como candidato del Partido Constitucionalista Democrático, de bandera roja, futuro emblema liberal. El gobierno de los Estados Unidos intervino directamente en pro de la renuncia de Bertrand. El Congreso eligió un presidente provisional, quien convocó a nuevas elecciones. Resultó electo el General Rafael López Gutiérrez (1920-1924).

La novela señala que la Compañía Bananera financia y sus trabajadores apoyan la revolución. A pesar de los resquemores oficialistas de su hermano, Enriqueta encuentra algunas justificaciones a la militancia de los obreros. Los razonamientos de la compasiva maestra culpabilizan al ecosistema atlántico de las condiciones de trabajo de los trabajadores. Casi nunca se filtra alguna conciencia política o económica sobre las consecuencias del enclave bananero.

—¡Pobres! No le tienen apego a su vida carcomida por el paludismo, embrutecida por el alcohol, el calor, el vaho pestífero de los fangales y la amenaza de las víboras. Una revolución les muestra un ideal, aunque muy vago para ellos, y les ofrece una escapada (76).

En Honduras, el régimen de concesiones hacia las compañías bananeras norteamericanas se sistematizó desde finales del siglo XIX. El banano se convirtió en el producto de exportación más importante; las facilidades de transporte y comercialización condujeron al monopolio norteamericano en la agricultura del banano y a su dominio en la vida política de Honduras. Los sectores de exportación tradicionales de café y minería, impulsados por los liberales, se hallaban postrados y el Estado recibía pocos impuestos del negocio bananero. Se veía

obligado a financiarse por medio de préstamos y avances de las compañías bananeras. En consecuencia, el intervencionismo del enclave caracterizará las primeras décadas del siglo XX.

Durante el mandato de López Gutiérrez, Honduras se convierte en el mayor exportador de banano en el mundo. Desde el gobierno de Bertrand se había experimentado cierta prosperidad en los negocios de la Costa Noratlántica, derivada de las numerosas concesiones de tierras a las compañías bananeras norteamericanas, aunque las condiciones de trabajo de los obreros nunca fueron buenas.

Después de la revolución y a raíz del triunfo liberal, el tío Ricardo pierde su empleo y sale del país. Elenita y su madre, tras ocho meses de entorno opulento, inauguran el año de 1919 en una modesta casa casi desamueblada “un mundo... miserable, inseguro y triste” (85), en espera de una nueva contratación para Enriqueta.

Un nuevo desplazamiento en tren, medio de transporte que la novela realísticamente ha ubicado en relación con el ambiente bananero, lleva a las protagonistas a Puerto Cortés y Potrerillos hasta el pueblo de Sholoma, construido de casas de madera suspendidas sobre pilotes y lleno de árboles cacaoteros. Un espacio muy representativo de pueblo costeño.

Un acontecimiento especial marca esta etapa: Elenita mira un retrato de su papá y sabe que murió cuando ella tenía tres años.

¡Mi papá!... ¿Entonces, yo también había tenido papá?... Le arrebaté, impulsivamente, el retrato, y lo besé dos veces, sintiendo un cariño súbito pero inmenso... cariño huérfano que tan inferior a las demás niñas me hacía sentir (91).

La vida social de madre e hija toma nuevos rumbos. Sus relaciones son con las familias acomodadas con cierto lujo.

...lujo que proporcionaban las fincas de bananos, a las que tenían la gran suerte de poseerlas, pues la mayoría de las tierras cultivadas con el codiciado fruto, el “oro verde” costeño (aunque los bananos son amarillos como el sol) pertenecían a “la Compañía” (94).

Amigas entrañables serán la jamaicana Beatriz Right, esposa del jefe de estación para Enriqueta; y su hija Elvira, rubiecita hija de un matrimonio anterior de Beatriz con un inglés, para Elenita.

Sin ella, sin Rutilia, la niña de La Labor quizá hubiera sido huraña y escéptica, poco dispuesta a la amistad, dado el carácter demasiado reservado de mi madre (95).

De nuevo aquí, también los dueños de la mejor tienda del pueblo, los Mendizábal, de origen español, serán parte del grupo y envidia de Elenita por sus hermosos juguetes. En una fiesta de las Urmeneta, hace su aparición Álvaro Espinoza, pretendiente correspondido de Enriqueta, amigo del tío Ricardo. Este personaje de treinta y ocho a cuarenta años, hombre de mundo, educado en Estados Unidos y divorciado dos veces es ejemplo del movimiento económico generado por el negocio bananero en la Costa Norte. Es un contratista al servicio de la siembra de caña de azúcar en gran escala para un ingenio azucarero de la United Fruit Company.

Los celos furiosos de Elenita, de nueve años, impiden la boda de su madre con Álvaro, la posibilidad de que Álvaro tuviera que disciplinar a la posesiva niña y que ambas entraran en una situación de obediencia forzada ante su autoridad patriarcal, disuade a Enriqueta. En esa actuación, Enriqueta, de treinta y cuatro años, se escapa de lo usual, porque las mujeres, inclusive las madres, tienden a privilegiar sus relaciones con los varones, aún en menoscabo de su propia autoridad ante los hijos.

No sería posible, Álvaro; lo comprendí aquel día que reprendiste, con justicia, a Elenita. Perdóname, amigo mío, pero no podría soportar que esas escenas se repitiesen (110).

Es interesante señalar la situación de Álvaro Espinoza porque representa otro núcleo familiar disfuncional con sus dos divorcios, un hijo de siete años a su cuidado y bajo su potestad legal. Junto al caso de Beatriz Right, que tenía un matrimonio anterior con una hija y quien al final de la novela, tras una experiencia de maltrato físico, procede hacia un segundo divorcio, estos episodios preparan al lector hacia el develamiento de las circunstancias que rodearon el matrimonio de Enriqueta.

con el padre de Elenita. En el horizonte ético católico de la novela el divorcio, las múltiples nupcias, los hijos ilegítimos se reciben con relativa tranquilidad. Sobre todo la amplitud de criterio sobre los divorcios es una de las posiciones de avanzada de *Peregrinaje*.

Elenita ha ido integrando al amor filial, la admiración por el excelente desempeño profesional de Enriqueta, maestra de suave voz y persuasivos argumentos. Más allá de la apelación al raciocinio, Enriqueta se interesa por la limpieza del cuerpo y el alma de sus alumnas. Les enseña el aprecio por sí mismas, en su calidad de hijas del Dios católico. Esta línea didáctica acerca de la alta dignidad de las mujeres, se mantiene a lo largo de la narración y entra en la categoría de feminista, si se entiende por ella, el esfuerzo por liberar a la mujer de injustas subordinaciones.

Brevemente, la novela incursiona en la descripción de la naturaleza tropical y del mar, pero siempre en relación con la indagación interior de Elena.

Un nuevo desprendimiento de este lugar y sus amigos ante la invitación a volver a San Pedro Sula, inquieta a la niña.

Aquella noche volví a sentir el dolor, el desagarramiento de la partida. ¿Por qué teníamos que andar de aquí para allá y de allá para aquí? (113).

El nuevo destino laboral de Enriqueta será un pueblecillo "de mala muerte" (116), San Manuel, donde una cena a base de iguana empieza el calvario de ambas. Pocas casas, agua nefasta, habitantes negros o mulatos, con quienes no procede entablar amistad, miseria y enfermedad. Sin embargo, la vena ensayística de la novela destaca la misión educativa y filantrópica de la madre como vía hacia el progreso material y espiritual de estos ambientes bárbaros.

Me duele el corazón cuando pienso en tantos pueblecitos y aldeas de mi patria, cuyos habitantes analfabetos viven en eterna oscuridad, en eterna ignorancia que frena su progreso, su mejoramiento. Mejor dicho, no viven, son seres medio inconscientes, con existencia puramente material, biológica. La vida interior, espiritual, mental, no es para ellos (125).

Estos Macondos de Centroamérica son descritos con sus diluvios y plagas míticas. En este caso de sapos. Frente a la hostilidad del ambiente, Enriqueta no es sólo maestra, sino también enfermera. Al modo de Cristo, prácticamente resucita un moribundo. En estas actitudes docentes y de salubridad, Enriqueta actualiza los modelos femeninos de servicio, cuidado y protección a los demás, especialmente a los más débiles. La niña enferma de malaria. Por primera vez se alegra de continuar el peregrinaje, de nuevo a San Pedro Sula y luego a la capital, Tegucigalpa, con tío Fabián, otro hermano materno, un ingeniero, funcionario público. En ambas ciudades, puede ahora Elenita participar más activamente en las formas urbanas de ocio y entretenimiento.

Tercera Etapa: La cultura capitalina de Tegucigalpa

A sus diez años, en 1922, Elena llega a la capital, tras un viaje lleno de peripecias: en tren, en mula; perseguida por cientos de mariposas surgidas de la maravillosa realidad centroamericana, en balsa y en camioneta. Las peripecias funcionan como pruebas de la entereza y voluntad de las protagonistas. Son ameno manual de geografía humana.

Enriqueta deja a su hija en un colegio de monjas. Por el culto mariano y a Don Bosco, se asocia con el María Auxiliadora. Dependien, en parte, del auxilio económico y moral del tío Fabián. Enriqueta, al igual que le sucedió anteriormente, encontró dificultades para vivir en familia con su hermano y cuñada. No se sentía dispuesta a realizar tareas domésticas, reprimir sus opiniones, algo agresivas, por su superior bagaje intelectual y espiritual, ni a depender totalmente de nadie. Opina Elenita que era una persona frustrada.

Desde otra perspectiva, se diría que Enriqueta había saboreado la libertad y la soledad, pues como ella misma lo indica, está orgullosa de su independencia. En ese sentido, su actitud es transgresiva y feminista.

A la par de su experiencia como estudiante externa e interna, en un colegio de monjas, Elenita, hacia sus diez y once años, aprende a gustar del arte escénico: óperas, operetas, más adelante del cine, que le muestran una alegría y una sensualidad mundanas, alejadas de las prédicas atemorizantes de las monjas.

La experiencia en Tegucigalpa enfrenta a Elena con la estructura de clases capitalinas, donde es advenediza. La obra califica de grupo aristocrático, al de las familias de viejos apellidos españoles de raíz colonial. A ella se unen los nuevos ricos con influencias políticas. Las hijas de estas familias estudian en el colegio de monjas con Elena. Ella se gana su respeto gracias al buen rendimiento académico. Este sector social tiene sitios exclusivos de diversión: el Club Tegucigalpa, tertulias al son del piano, recepciones palaciegas encabezadas por la primera dama Anita de López Gutiérrez... todos son espacios para el amor y las intrigas cortesananas de los "señoritos" de buenas maneras (Víctor Hugo Acuña: 267).

Los estratos medios están compuestos de empleados gubernamentales, pequeños comerciantes, empleados del comercio y la banca. Se divierten en los conciertos del parque central, van al cine y a paseos campestres.

Los grupos populares de obreros, conserjes, mujeres del mercado, esposas de albañiles, carpinteros, zapateros han desarrollado una cultura "plebeya" (Víctor Hugo Acuña: 267). La novela establece un contraste entre las multitudes pobres y harapientas, sucias y de conducta procaz con el pueblo de Sensenti. El cuadro costumbrista de las fiestas setembrinas en honor a San Miguel Arcángel, patrono de Tegucigalpa, arranca observaciones éticas a la instancia narrativa y se opone a los ritos ingenuos de Sensenti.

Los plebeyos beben "guaro", mixtela, rompopo. Comen tamales y torrijas. Bailan, escuchan conciertos en los parques, pasean por los alrededores. Tienen problemas de alcoholismo y violencia. Proliferan las uniones libres y los hijos ilegítimos. Sin embargo, son gente trabajadora en su mayoría. La novela asume ante este grupo una postura moralizante y predica la instrucción como remedio.

Según *Peregrinaje*, el alma de Tegucigalpa se halla en los sectores de universitarios e intelectuales, a los que destaca como una "clase" social específica. Con ellos se identifica, participando de un aristocratismo intelectual afín al modernismo.

Por sus calles quietas y bajo los atardeceres propicios iluminados de celajes e impregnados de melancolía, tejen sus sueños los poetas, los prosistas románticos y

exaltados; discuten a Byron, a Víctor Hugo, a Zola, a Voltaire, etcétera, los eruditos en literatura. En aquel año 1922-23 triunfaban Alberto Uclés, Luis Andrés Zúñig, Froylán Turcios, Lucita Gamero de Medina (...) y muchos más "poetas transhumantes", de mirada perdida, gesto ausente, sombrero de fieltro ligeramente ladeado y el indispensable bastón (165-166).

Esta época resulta altamente estimada por su efervescencia cultural, que favorece la libre circulación de la opinión pública y la discusión de los temas de la hora. Incluso, se idealiza, y loa, probablemente por el contraste con una etapa posterior, la dictadura de Carías Andino, a la que se alude con dolor.

Los meses de verano transcurren durante varios años para Elena, ya adolescente, y su madre, en una casita de campo cercana a la ciudad, propiedad del tío Fabián.

En una prospección, la novela informa que allí se construirá luego el aeropuerto de Toncontín. Pero, en la etapa que rememora *Peregrinaje*, es un sitio rústico y tranquilo, que permite a la novela la irrupción del discurso ensayístico acerca de dos temas: la situación de la mujer humilde y de los indígenas. La preocupación social inunda estos capítulos, desde la perspectiva filantrópica, didáctica y moralizante característica. Enriqueta encarna el pensamiento de las mujeres progresistas en Honduras, que no se agruparon en sociedades mutuales ni tuvieron una activa participación política, sino que fungieron como depositarias de los valores morales y agentes civilizadores. Elena es la destinataria fundamental de su palabra solidaria y que apela a la acción redentora de los oprimidos.

La situación de la mujer campesina se retrata en varios personajes, sobre todo en Salvadora, "criada sin sueldo, constante y abnegada" (172) que trabajaba en la cocina, la costura, el lavado en la quebrada, vendía repostería. Su padre la azota. Él y los hijos hacen poco. No se le permiten cortejantes. Cuando tuvo novio, este quería unirse a ella, pero sin casarse. Enriqueta aboga por la legalización de las relaciones con el objetivo de proteger los derechos femeninos e infantiles, pero sobre todo trabaja robusteciendo la autoestima de las mujeres: "No hay ley que proteja a la mujer que se olvida del aprecio a sí misma" (196).

El indio a lo largo de la narración aparece siempre como sirviente. El de estos episodios no tiene nombre. Enriqueta lo enseña a leer, lo catequiza y lo convierte, desde su perspectiva espiritualista, en un ser humano civilizado.

...había hecho comprender a aquel indio que tenía un alma y que la vida espiritual es mil veces mejor y más importante que la material, tan dura y despiadada con esas pobres gentes de las áreas rurales de Centroamérica (170).

Durante la adolescencia de Elena, *Peregrinaje* elide explícitamente el relato de su internado. Este tema podría haberle dado material novelesco. La razón de esta omisión es que la narradora valora sus experiencias cuando se relacionan con Enriqueta. Sin embargo, estas vivencias colegiales dan pie a otras digresiones ensayísticas en contra de la instrucción religiosa orientada a los goces trascendentes, crítica de un mundo peligroso y traidor, alejada de la alegría vital.

...amo al Dios todo amor y bondad, que da color a las flores, alimento a los insectos y fieras de la selva, que contiene los mares para que no nos sepulsen en sus profundidades, que es autor de un mundo perfecto para que habitemos en él, no en el Dios terrible... (176).

En esta etapa, la novela utiliza el recurso de las cartas para mantener presente la voz de Enriqueta. Se establece mayor diferenciación entre madre e hija. Se prepara el desenlace, al resolverse la incógnita acerca de las circunstancias que rodearon el matrimonio de Enriqueta y el destino de la familia paterna. Elena recibe visitas de su tío Arturo y sabe que hay otro hijo, Rodrigo, del primer matrimonio de su padre. Son personajes adinerados e influyentes políticamente. Hay también hermanos ilegítimos. Al enviudar el padre, se casa con Enriqueta a la edad de cuarenta y ocho años. Estos datos culminan la referencia a grupos familiares con varias nupcias, con hijos de varios matrimonios e ilegítimos. También refuerza la observación de que Enriqueta prefiere a los hombres con experiencia de la vida, como su primer esposo y don Álvaro. Así, se conducirá Elena a sus quince años.

Todo lo que viene de la familia del padre, le proporciona a Elena seguridad, sensación de protección familiar: "Ese día perdí para siempre mi complejo de inferioridad" (186).

Inicia sus inquietudes de adolescente. No le basta la compañía materna, ni los sencillos encuentros familiares en Toncontín, momentos adecuados para la celebración de las costumbres tradicionales, como el Nacimiento, los villancicos, las historias de aparecidos, los cuentos de camino y las leyendas. Una vaga necesidad de lucir hermosa y encantar a los muchachos la llena de coquetería y vanidades. La franqueza extrema, los arrebatos de orgullo y según Enriqueta, escaso miramiento por el amor propio de los demás, son sus defectos de carácter. Se intensifica la desmedida afición al teatro y al cine.

Como contrapeso, el gusto por la lectura, las interminables horas en la biblioteca del tío Fabián —abierta al público—, entretenida en las páginas de *María* (1867), de Jorge Isaacs, *Blanca Olmedo* (1903), de Lucila Gamero de Medina, primera novela hondureña, o en las novelas de Dumas encauzan su fantasía. Cede su admiración hacia sus tíos paternos, enriquecidos notables, y aumenta su aprecio por la vida digna, estudiosa y meritoria de los hermanos de su madre.

El año de 1924, mientras Elena cursa su segundo año de colegio, estalla una revolución armada: “No me acuerdo de fechas ni quiero ponerme a buscarlas, pues este relato es ajeno a pasiones políticas” (216). Un alto nivel de corrupción en la administración de fondos públicos durante el gobierno del General López Gutiérrez, así como gran cantidad de revueltas, culminan en la Revolución de 1924. En las elecciones de 1923, el General Tiburcio Carías Andino, del Partido Nacional, obtuvo una mayoría relativa de votos, pero el Congreso no ratificó su triunfo: “...el general Rafael López Gutiérrez tuvo que asumir la dictadura y continuar con su puesto de presidente” (216).

Carías estaba respaldado por los sectores de trabajadores y pequeños comerciantes, alentados por su campaña contra la U.F.C.O. Vicente Costa bajo la dirección de Carías controló las poblaciones de la Costa Norte y Carías tomó Tegucigalpa.

Aunque la novela explicita neutralidad política hay una inclinación hacia el gobierno de Rafael Gutiérrez. Se exalta la valentía de sus soldados. Los tíos maternos y paternos de Elena están en el bando oficial. En ocasión del deceso repentino del primer mandatario, Elena forma parte de su comitiva mortuoria, mientras la revolución cercaba la capital. Su solidaridad personal hacia la familia doliente es manifiesta, tanto como su crítica a los antiguos cortesanos, ahora ausentes.

Recuerdo que cuando entramos a la sala donde estaba el ataúd, dos hombres clavaban la tapa (ni una caja digna de su alto cargo se pudo encontrar en aquellos momentos de desorden y excitación bélica), dos o tres amigos estaban allí con caras compungidas y cuatro damas de negro rodeaban a la elegante doña Anita, que estaba medio desvanecida sobre un sillón, con los ojos cerrados (855).

El interés novelesco se dirige también hacia los sufrimientos del pueblo sin alimentos, aterrado por los tiroteos, el bombardeo de los alzados, los saqueos y la paralización general de actividades. Puesto que uno de los valores apreciados en la novela, sobre todo por Enriqueta, es la libertad, aunque la guerra civil es terrible, se considera hermosa la lucha de los bandos por sus ideales. Sería menos digno verlos bajo la bota de un tirano. La obra se proyecta hacia un futuro posterior a la escritura, donde se sugiere la persecución del gobierno despótico de Carías: "No se imaginaba que muchos años después sería causa de mis mayores amargas y angustias" (223).

La bota norteamericana, que interviene con sus marineros para proteger los intereses norteamericanos en Honduras, no se percibe negativamente. Desde la perspectiva adolescente, Elena sólo admira la gallardía de los cadetes.

Cuarta Etapa: De San Pedro Sula hacia Tampa

Sus quince años sorprenden a Elena de vuelta hacia la Costa Norte, hacia San Pedro Sula. Se observa un progreso en los medios de transporte. Van en autobuses de carpintería local, las "baronesas", en ferry. Este viaje permite el despliegue de la capacidad descriptiva y del sentimiento de pertenencia al terruño por parte de Elena y Enriqueta.

"Praderas y bosques tupidos, de todos los verdes, rodeaban las aguas; y lotos maravillosos extendían sus grandes y flotantes hojas, y ofrecían sus flores color lila o blancas hasta allá... muy adentro del lago" (238).

Hasta en estas páginas finales, conoce el lector el nombre completo de la protagonista: Elena San Martín, ligado al reencuentro con la familia paterna. Esta etapa permite saber las opciones de estudio para las mujeres hacia 1925: el magisterio, el

secretariado y el comercio. Elena escoge la última. Implica estudios de mecanografía, taquigrafía, inglés, contabilidad.

Se ampliaba el mundo ante mis ojos, se me ofrecían inmensas perspectivas, tenía muchos sueños cuya realización ansiaba, y ya mi madre había dejado de ser n TODO, como en los años de mi infancia, fugados por siempre, perdidos en la noche eterna del tiempo (246)

El nuevo panorama incluye a los cortejantes, en especial a Adalberto Miró, estudiante de odontología de veintiséis años y el regreso de Álvaro Espinoza, el pretendiente de su madre. Él tiene ahora cuarenta y cinco años; Enriqueta treinta y ocho. Tantas emociones nuevas, llevan a Elena a la escritura, donde Enriqueta recomienda el realismo y la claridad como poética

...me armé de papel y un lápiz y a mi rama favorita volví a subir, ágil y excitada con mi nuevo capítulo: escribí, borré, volví a escribir, corregí aquí y allá, leí... y quedé encantada con mi producción (250).

El carácter apasionado y confiado de la muchacha, las aspiraciones de madre e hija hacia una formación internacional más sólida, deciden su futuro cercano: irá a Tampa, Florida, a realizar estudios con monjas benedictinas durante tres años. Su tío Fabián le recomienda buscar el alma del pueblo norteamericano en su literatura, en su arte, en su patrimonio histórico. Elena propicia un pronto matrimonio de su madre y Álvaro. Se encamina hacia una especie de tregua respecto a sus urgencias eróticas, donde madurará y aprehenderá herramientas intelectuales, base para una vida independiente y digna.

CONCLUSIONES

El examen de *Peregrinaje (Enriqueta and I)* a la luz de la teoría sobre la novela de formación del carácter de una niña ha sido fecundo. Ha permitido precisar varias etapas en el desarrollo psicofísico de Elena, la narradora protagonista, enlazadas con la suerte de su madre, la maestra Enriqueta y con sus desplazamientos geográficos a lo largo de Honduras. A partir de esas etapas se diseña un modelo de feminidad propio de las primeras décadas del siglo XX, en Centroamérica, entre los sectores medios.

Se han determinado las siguientes etapas en la construcción de la feminidad de Elena y, correlativamente, de Enriqueta: la primera sucede en los pueblos del interior, sitio de origen de las protagonistas; la segunda, en la Costa Norte, de San Pedro Sula a la zona bananera; la tercera etapa, en Tegucigalpa y la última, se ubica de nuevo en San Pedro Sula, donde se prepara la salida de Elena hacia Tampa, Florida.

La situación inicial de las protagonistas las encuentra en el momento de su desprendimiento del abrigo patriarcal del abuelo. Se abre la incógnita acerca de la ausencia del padre de Elenita. Madre e hija se configuran como una familia disfuncional por incompleta. Su peregrinaje de bíblicas connotaciones pondrá a prueba la fortaleza de ambas. La protagonista Elena tiene cinco años y su madre veinticuatro. Corre el año de 1911. Se da una simbiosis y una profunda identificación narcisista entre ambas. La novela relata el sentido de la experiencia de una vida sin padre y sin esposo para la clase media hondureña de raíz provinciana, a principios del siglo XX.

Los pueblos del interior se idealizan en gran medida, como sitios permeados del tiempo transcurrido desde la antigüedad indígena hasta las costumbres coloniales, donde el maíz continúa siendo la base de una existencia austera, sencilla y rústica. Pero, la inclinación realista de la novela deja ver también sus espacios de miseria y las diferencias de clase. Es una época de amor filial exclusivista por parte de la niña. Asimismo, los sentimientos de envidia hacia las pequeñas con hogares acomodados y tradicionalmente constituidos, jefeados por un padre proveedor, donde hay una madre de tiempo completo, son el otro eje de las reflexiones infantiles. Enriqueta como maestra de escuela primaria, ocupa una posición respetable entre los notables pueblerinos y colabora con sus ideas al bienestar general. Pero madre e hija están expuestas a la morbosa curiosidad por la ausencia de un patriarca acompañante. Esta parte tiene una carga costumbrista y un interés por las particularidades locales.

La segunda etapa permite al lector conocer el área caribeña de Honduras, la Costa Norte, en una época de relativa prosperidad a causa del negocio bananero. La novela considera a San Pedro Sula la civilización. La modernización se observa en los transportes y el vestuario. Quedan atrás la mula y los caballos. Se imponen el ferrocarril y las modas urbanas. Las

protagonistas son atrapadas por la Revolución de 1919, apoyada por la Compañía Bananera y sus trabajadores, que termina con el arribo al poder del General Rafael López Gutiérrez. De manera que se encuentra un testimonio de la agitación política que caracteriza los primeros decenios del siglo XX. El trabajo de Enriqueta las conduce a varios pueblos bananeros. Hay piedad hacia el trabajador, pero se culpa al ecosistema atlántico de sus malas condiciones de vida, sin avizorar razones económicas o políticas.

Un acontecimiento especial marca esta etapa para Elena: observa una fotografía de su papá y sabe que murió cuando ella tenía tres años.

Otro acontecimiento importante es la propuesta matrimonial a Enriqueta por parte de Álvaro Espinoza. Ella rechaza la posibilidad para evitar una situación de obediencia forzada ante la autoridad patriarcal, socialmente legitimada de Espinoza, tanto de ella como de su posesiva hija de nueve años.

En esta etapa, se destaca la defensa que hace Enriqueta de su independencia y la admiración hacia ella como maestra por parte de Elena. El ideal femenino que Enriqueta enseña implica una apelación al razonamiento exacto, pero sobre todo, el aprecio de las niñas por sí mismas a causa de su dignidad como hijas del Dios católico.

El magisterio de Enriqueta en los pueblos míseros y enfermos de la Costa Norte se reviste de cruzadas civilizatorias a favor del progreso material y espiritual de estos Macondos bárbaros. Su misión es elevar las mentes y los espíritus. Sin ello, ninguna prerrogativa legal será capaz de mejorar la calidad de vida de los trabajadores bananeros y sus familias, postula el relato. Enriqueta ejerce también labores prácticas de enfermería ad honorem. Su perfil de mujer entregada al servicio de los otros es muy claro. Este trecho muestra afinidades con la narrativa bananera de Centroamérica.

La tercera etapa conduce a las protagonistas a la capital, Tegucigalpa. Allí se describe vivencialmente la estructura de clases ciudadana, con sus diversas subculturas, en contraste con la vida rural antes mostrada. Según *Peregrinaje*, en una línea ideológicamente modernista, el alma de la urbe es el sector universitario e intelectual, los escritores y legisladores que

mantienen la libre circulación de ideas. Así como se idealizan los pueblos del interior, hay ahora una loa a la cultura ilustrada y urbana.

El contacto de Elena y Enriqueta con los campesinos de las áreas aledañas a la capital, durante los veranos, ofrece espacio a la vocación ensayística de la novela en torno a la situación de maltrato sufrida por las mujeres y a la condición subhumana de los indígenas. El año escolar abre la reflexión ensayística crítica sobre el catolicismo oscurantista de los colegios y la propuesta de la novela hacia un espiritualismo panteísta, afín al modernismo. Asimismo, la cultura urbana ofrece a la adolescente los gozos mundanos del teatro, la ópera y el cine, al amparo del culto tío Fabián, el periodista.

En este trecho vital, se resuelve la incógnita acerca de la ausencia paterna. Elena es hija del segundo matrimonio de su padre. Es bien aceptada por su adinerada e influyente familia. Esta recepción cancelará sus sentimientos de inferioridad. La búsqueda del padre ha terminado y estará en condiciones de reconciliarse con los legados de trabajo, esfuerzo y estudio del lado materno.

A las veleidades propias de la adolescencia, agrega Elena una profunda afición a la lectura de novelas románticas europeas e hispanoamericanas. En el año 1924, madre e hija sufrirán el sitio y bombardeo de Tegucigalpa por el General y futuro déspota Tiburcio Carías Andino. Aunque la novela explicita neutralidad política, hay una inclinación hacia la posición oficial del Presidente Rafael López Gutiérrez. El lector reafirma la conciencia de la conflictividad política hondureña y de la intervención directa de los Estados Unidos. Esta última es mirada con beneplácito por la narración.

La cuarta etapa y final lleva a Elena y Enriqueta de nuevo a la Costa Norte. A sus quince años, Elena se identifica emotivamente con el paisaje vernáculo y con la misma pasión acepta cortejos y empieza a escribir, bajo la recomendación de su madre, en el sentido de que sea realista. Se observan las posibilidades limitadas para el estudio femenino. Elena elige el comercio y es enviada a terminar estudios a Tampa, en un colegio de monjas benedictinas. La aspiración de Elena por conocer un mundo más amplio parece que se conseguirá a medias, aunque la novela nunca censura la educación en internados.

Será una etapa de espera y maduración. El destino final, que mediato, será un posible matrimonio. Pero, arribará con mejores armas intelectuales y mayor robustez psicológica que la mayoría de sus congéneres, a causa de la formación minista del carácter que ha recibido de Enriqueta.

La madre, por su parte, restablece sus nexos con Álvaro Espinoza y se encamina a un matrimonio basado en el respeto. Madre e hija han roto sus lazos narcisistas y simbólicos. Se identifican como seres diferenciados y con rumbos particulares.

La escritura ha sido para Elena un vehículo para la cultación de su vida interior y sus vínculos con las imágenes de madre y padre. Por su medio, se pronuncia por una edición femenina centrada en la elevación de las destrezas intelectuales y artísticas, y por la defensa de la dignidad personal de las mujeres en nombre de los valores cristianos. La novela muestra la vacilación de las mujeres entre su atracción por varones y su rechazo concomitante de los papeles de dependencia y subordinación tradicionales. La libertad individual protege siempre, aún a costa de sacrificios afectivos. Sin embargo, *Peregrinaje* termina con una nota esperanzadora sobre las posibilidades de construir relaciones de pareja equilibradas, donde se provea un espacio para el desarrollo y la felicidad de las mujeres, tanto como para sus compañeros.

La noción de que las mujeres, al modo de Enriqueta Elena, pueden peregrinar exitosamente a lo largo y ancho del mundo, señala el rechazo al encerramiento hogareño y el acceso a una posición pública respetable y útil para las comunidades. El itinerario geográfico es también espiritual y psicológico. Se tratan sin trivialidad los asuntos emotivos y domésticos junto a los temas que documentan la historia política y social de Honduras. *Peregrinaje* es una novela nacionalista, interesada amorosamente por el paisaje y los problemas locales, al tiempo que cultiva una narración interiorizada y subjetiva en lenguaje modernista. La noción de patria tiende a la inclusión del indígena y el afrocaribeño dentro de los valores de la civilización ilustrada y cristiana. En ese entorno la mujer centroamericana participa con derecho de ciudadanía.